

# Conozca al Maestro

## “¿Quieres ser sano?” (Juan 5.1–16)

En Juan 5, Jesús hizo una extraña pregunta. Fue la ocasión en la que Jesús se acercó a un enfermo y le preguntó: “¿Quieres ser sano?” (v. 6). El versículo 5 hace notar que el hombre había estado enfermo por *treinta y ocho años*—;Y Jesús todavía le pregunta que si quería ser sano!

A primera vista, esto se compara con la pregunta que algunas veces se hace hoy día: Un hombre se acerca a la escena de un accidente automovilístico. Se acerca a un carro que ha sido demolido completamente. Adentro hay una persona en condiciones terribles, la sangre le está brotando de las heridas de su cabeza, sus extremidades proyectándose torcidamente. El hombre le pregunta: “¿Está usted bien?”. O por ejemplo, el caso de una mujer que entra a una sala de hospital, y encuentra a su amiga cubierta de vendajes desde la cabeza hasta los pies; el rostro de ésta se retuerce de dolor. Una gran cantidad de tubos y cables la conectan a varias máquinas que llenan la sala. La mujer le pregunta: “¿Te duele?”.

Para hacer la ilustración más personal: Suponga que usted se siente mal todo el tiempo y alguien le pregunta: “¿Le gustaría sentirse mejor?”. O suponga que alguien menciona a cierto individuo con quien usted ha tenido un desacuerdo y le pregunta: “¿Le gustaría llevarse bien con esa persona?”. O que su matrimonio o su hogar no son lo que deberían ser y que alguien le pregunta: “¿Le gustaría tener un mejor matrimonio, o un hogar más feliz?”. O que usted está cargando con una culpa y surge esta pregunta: “¿Le gustaría ser aliviado de esa culpa?”.

Su reacción inicial es probable que sería: “¡Qué

pregunta tan extraña! Por supuesto que me quiero sentir mejor (o llevarme mejor con la gente, o tener un mejor matrimonio y hogar, ser libre de la culpa). ¡Qué extraño que usted incluso pregunte!”. ¡Es obvio que todos nosotros queremos tales cosas!... O ¿no es cierto?

Tenga estas preguntas en mente mientras estudiamos Juan 5.1–16.

Jesús había comenzado su ministerio en Galilea. Un rasgo de ese ministerio fue la sanidad de los enfermos. Cuando Jesús enseñaba y sanaba a la gente, dos cosas ocurrían: 1) Las multitudes comenzaban a crecer y 2) la oposición comenzaba a crecer. En esta lección estudiaremos un caso de sanidad y veremos la oposición que ello causó. Conforme avancemos a través de la historia, vamos a querer explorar la extraña pregunta que Jesús hizo: “¿[De veras] quieres ser sano?”.

### JESÚS SANA A UN HOMBRE JUNTO AL ESTANQUE

Veamos primero la sanidad del hombre junto al estanque de Betesda. Quiero sugerir que ella, en realidad, fue una sanidad triple.

#### Una sanidad del cuerpo (5.1–6)

El capítulo 5 comienza así: “Después de estas cosas había una fiesta de los judíos, y subió Jesús a Jerusalén” (v. 1). Dado que dice que era “una fiesta” y no “la fiesta”,<sup>1</sup> ello se puede referir a una de las fiestas menores de los judíos a la cual los varones judíos no estaban obligados a asistir. A diferencia de muchos hoy día que sólo van a los

<sup>1</sup> En algunos manuscritos se lee: “la fiesta”. Si esta es la traducción correcta, entonces, es probable que la frase “la fiesta” se refiera a la Pascua.

servicios sólo cuando “es obligatorio”, ¡a Jesús le gustaba ir a adorar!<sup>2</sup>

“Y hay en Jerusalén, cerca de la puerta de las ovejas, un estanque, llamado en hebreo Betesda, el cual tiene cinco pórticos” (v. 2). La palabra “puerta” se encuentra en bastardillas en algunas traducciones, dando a entender que ha sido añadida por los traductores. El texto original dice “cerca de *la cosa* de las ovejas”.<sup>3</sup> Tal vez, “la cosa de las ovejas” era la puerta a través de la cual las ovejas para el sacrificio eran llevadas.

El estanque que se menciona está todavía allí hoy día. La palabra “Betesda”, es probable que signifique “Casa de misericordia”. Los “cinco pórticos”<sup>4</sup> eran áreas cubiertas alrededor de las orillas del estanque.

La escena que sigue le hace llorar lágrimas de corazón a uno: “En éstos [pórticos] yacía una multitud de enfermos, ciegos, cojos y paralíticos” (v. 3). El hedor debió haber sido insoportable, las circunstancias, deprimentes. Lo que se veía, lo que se oía y lo que se olía, le hubiera revuelto el estómago a uno que fuera sensible.

En este punto, la Reina-Valera añade las siguientes palabras:

... que esperaban el movimiento del agua. Porque un ángel descendía de tiempo en tiempo al estanque, y agitaba el agua; y el que primero descendía al estanque después del movimiento del agua, quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviese (vv. 3b-4; la Reina-Valera).

Esta explicación, aparentemente, no se encontraba en el manuscrito original, sino que fue un comentario, hecho por un escriba antiguo, el cual quedó insertado en el texto.<sup>5</sup> Estas palabras cuentan de una antigua superstición, la cual hacía a la gente venir hasta ese sitio (nótese el v. 7). El estanque que había sido identificado como Betesda era alimentado por manantiales subterráneos. De vez en cuando, habría algún remolino en el agua. Aparentemente, la gente atribuía este movimiento del agua a un ángel.

“Y había allí un hombre que hacía treinta y ocho años que estaba enfermo” (v. 5). Estamos en terreno seguro al suponer que este hombre había estado enfermo una gran parte de, sino es que toda, su vida. Tal como lo veremos en el versículo 7, estaba incapacitado; no podía meterse al agua por sí mismo. O estaba muy débil, o estaba muy tullido, o muy paralizado.

Esa es la escena del versículo 6: “Cuando Jesús lo vio acostado, y supo que llevaba ya mucho tiempo así, le dijo: ¿Quieres ser sano?”. Jesús había venido con un propósito a este estanque donde los enfermos se reunían. Es obvio que no se encontraba de paseo por la ciudad. Sin duda que fue la compasión lo que le motivó a venir.

Cuando Jesús llegó al estanque, él vio, acostado allí, al hombre que había estado enfermo por treinta y ocho años. ¿Por qué decidió Jesús sanar a este hombre? De todos los que se encontraban alrededor del estanque, es aparente que Jesús sólo sanó a éste. ¿Habría sido porque éste era un caso respecto del cual no hubiera habido ninguna duda? ¿Habría sido porque el caso de este hombre era el de uno sin esperanza y que Jesús era esperanza para los desesperanzados, ayuda para los desvalidos? ¿Habría sido porque el hombre no tenía amigos (v. 7)<sup>6</sup> y que Jesús es el amigo de los que están solos? (Tal vez Jesús era como un niño a quien se le pide que escoja a un cachorro de perro. El niño mira a un pequeñín cuando es empujado, de un lado a otro, por los cachorros mayores y más fuertes, y entonces escoge al pequeñín).

Cualquiera que haya sido la razón, lo cierto es que Jesús miró al hombre, sabiendo que “llevaba mucho tiempo así” (treinta y ocho años, para ser exactos), y le preguntó: “¿Quieres ser sano?”.

Lidiemos por un rato con esa pregunta. ¿Por qué haría Jesús esa pregunta tan extraña?

Deténganse y piense en ello: Es duro estar enfermo por treinta y ocho años, pero desde cierto punto de vista, el hombre la pasaba tranquilo. Alguien lo había estado trayendo al estanque todos los días. Había yacido allí cada día sin tener ninguna responsabilidad. Es probable que hubiese colectado algunas limosnas. Era otro el que tomaba las decisiones; era otro el que hacía todo el trabajo. Es probable que estuviera resignado con su destino; había aceptado lo inevitable. El resto de su vida, tal como ella era, estaba predeterminado.

Por otra parte, ¿y qué si de repente se le volviera sano? Tendría la carga de tener que ganarse la vida. Tendría que entrar al competitivo mercado del trabajo —sin ninguna destreza con la que pudiera comerciar— ¡después de no haber hecho nada durante treinta y ocho años! Tendría responsabilidad y tendría que dar cuenta. Tendría que trabajar, ser competitivo, tomar decisiones. Tendría que enfrentar la posibilidad de fracasar

<sup>2</sup> Hay quienes dirían: “A Jesús le gustaba ir a la iglesia”. <sup>3</sup> En la King James dice “mercado de las ovejas”. <sup>4</sup> En la King James también se les llama “pórticos”. <sup>5</sup> Estas palabras, se encuentran en parte, o en su totalidad, en muchos de los manuscritos antiguos, pero no en los más antiguos ni en los mejores manuscritos. <sup>6</sup> Al menos, no tenía amigos que se quedaran con él durante el día (v. 7). Es probable que alguien le ayudara a llegar al estanque cada día.

miserablemente.

Lo que Jesús estaba preguntando era: “¿Está usted seguro de que realmente quiere eso? ¿Estará usted listo para ello?”.

El estar enfermo le ha caído como anillo al dedo a cierta gente. Es probable que haya oído la antigua expresión que dice que cierta persona “disfrutaba de mala salud”. Hay quienes les gusta que los atiendan. Hay quienes les gusta la atención que reciben los enfermos. Hay quienes les gusta el tener una excusa para no hacer lo que no quieren hacer. Hay quienes usan la mala salud para manipular y controlar a otros.

La pregunta de Jesús no es tan extraña como lucía a primera vista.

### Una sanidad de la mente (5.7–13)

Profundicemos en la pregunta. Jesús conocía a todos los hombres; él sabía en qué estaban pensando (cf. Juan 2.25). Por lo tanto, Jesús no hizo la pregunta para obtener una respuesta. Más bien, la hizo para causar que el hombre mirara dentro de sí mismo.<sup>7</sup> Jesús no estaba interesado en sanar sólo el cuerpo; también le interesaba la sanidad de la mente. Quería que el hombre desarrollara actitudes más saludables.

El hombre tomó la pregunta de Jesús como un regaño. Aparentemente, esto fue lo que entendió que la pregunta significaba: “¿si quieres ser sano, por qué no lo eres?”. Cuando el agua se agita, ¿Por qué no te apresuras a entrar al estanque para que puedas ser el primero? “Señor, le respondió el enfermo, no tengo quien me meta en el estanque cuando se agita el agua; y entre tanto que yo voy, otro desciende antes que yo” (v. 7).<sup>8</sup>

Este estanque es muy profundo y su orilla no es superficial. Hay unas escalones que descienden hasta entrar al agua. Un hombre que no puede caminar necesitaría ayuda para meterse al estanque. Cuando el agua se agitaba, era “sálvese quien pueda”, y este enfermo no tenía una oportunidad.

El hombre, en lugar de responder que sí, o que no, a la pregunta de Jesús, se puso a decir: “¡No es mi culpa que todavía esté enfermo! ¡No tengo a nadie que me baje al agua!”. Cuando tenemos problemas, nunca es culpa nuestra, ¿o lo es? A menudo pensamos que alguien nos ha fallado. Tal vez, como en el caso de este enfermo, nosotros también tengamos necesidad de alguna cirugía psíquica.

Jesús no se apartó el hombre así de fácil. Él quería hacer una sanidad múltiple: una sanidad de

la mente, además de la sanidad del cuerpo. “Jesús le dijo: Levántate, toma tu lecho y anda” (v. 8). Por treinta y ocho años su lecho lo había estado llevando a él; ahora Jesús le decía que él llevara a su lecho.

Un momento. ¡Eso es exactamente lo que el hombre dijo que no podía hacer! Si hubiera podido caminar, él se hubiera metido al agua de primero. De hecho, si el hombre hubiera podido caminar, él ni siquiera hubiera estado junto al estanque. Jesús estaba pidiéndole que hiciera lo imposible. Esto es lo que le estaba pidiendo: “¿Es su deseo de ser sano tan grande como para *tratar* de caminar?”.

Algo había en Jesús que capturó la atención del hombre. No era que sabía quién era Jesús y que tuviera fe en que Jesús podía sanarlo. Tal como lo veremos en el versículo 13, el hombre no tenía ni idea de quién era Jesús. Aparentemente, el hombre decidió tratar. “Y al instante aquel hombre fue sanado, y tomó su lecho, y anduvo” (v. 9a). Así como todas las sanidades que Jesús hacía, ésta fue inmediata, completa, y (como lo veremos) convincente.

En mi vida he sufrido de varias lesiones que han requerido la inmovilización de algunas partes de mi cuerpo durante varios meses, y conozco el efecto de no usar tales partes: la pérdida de músculo, la pérdida de movilidad, etc. Imagínese lo que treinta y ocho años de no uso le pudieron haber hecho al cuerpo de este hombre. ¡Cuando Jesús lo sanó, los que estaban a su alrededor pudieron haber visto su cuerpo *rellenarse* y afirmarse nuevamente!

Juan añadió la siguiente nota: “Y era día de reposo aquel día” (v. 9b). ¿Sanaría Jesús al hombre precisamente el día de reposo con el fin de tener una confrontación con sus enemigos? Tal vez. En una ocasión así lo hizo (Mateo 12.1–14). ¿Sería una simple coincidencia que Jesús hiciera esta sanidad un día de reposo? Nuevamente respondemos que tal vez. Ya fuera intencional o coincidencia, lo cierto es que Juan quiso que nosotros supiéramos que fue un día de reposo, pues esto explica lo que siguió.

¡Piense en la alegría que se suscitó alrededor del estanque cuando el hombre se puso de pie y anduvo! No obstante, algunos de los que estaban presentes no se alegraron: eran los fariseos y otros líderes religiosos, los que guardaban las tradiciones. No cuestionaron que un milagro hubiese ocurrido, lo que más les preocupaba era que se hubiese roto unas de sus reglas humanas. “Entonces los judíos dijeron a aquel que había sido sanado: Es día de reposo; no te es lícito llevar tu lecho” (v. 10). Qué

<sup>7</sup> Puede ser que Jesús haya tenido a la multitud en mente cuando decía estas palabras —tal vez, incluso a sus críticos.

<sup>8</sup> La respuesta del hombre indica que había cierta superstición acerca del poder sanador del agua “cuando [ésta] se [agitaba]”. Las antiguas palabras que se encuentran en Juan 5.3b–4 en la Reina Valera constituyen una buena explicación como cualquier otra.

triste, ¿verdad? Nada dijeron acerca de la sanidad. No estaban contentos de que el hombre hubiese sido sanado. Dijeron: “¡Has roto una de nuestras tradiciones!”.

La palabra que se traduce como “día de reposo” significa básicamente eso, “reposo”. Cuando Dios creó el mundo, Él reposó el sétimo día (Génesis 2.1–3). Posteriormente, el día de reposo al sétimo día, llamado sábado, fue hecho parte de los diez mandamientos (Éxodo 20.8–11). El sábado era un tiempo especial para los judíos. Era un día de reposo, de adoración, un tiempo para reflexionar sobre Dios, un tiempo de regocijo. Para asegurarse de que el sábado se observara, Dios impuso severas penas por violarlo. En Números 15 un hombre fue apedreado hasta morir por juntar leña el día sábado. En el libro de Nehemías, se infligía severo castigo al que llevara a cabo actividades comerciales durante el sábado.

Las leyes de Dios eran lo suficientemente estrictas, pero los hombres no estaban dispuestos a dejarlo así. ¡Los fariseos ampliaron la ley del sábado al añadirle veintitrés capítulos de reglas! Muchas de las reglas eran ridículas. Por ejemplo, un hombre no podía morderse las uñas, pues ello se consideraba que era trabajar durante el sábado. Había una cantidad de reglas humanas, las cuales tenían que ver con llevar cargas. Los rabinos alegaban que uno no podía llevar dientes artificiales o, una pierna artificial el día del sábado, pues éstas eran cargas. Si una mujer reparaba una túnica y accidentalmente dejaba la aguja clavada en la túnica, y luego su esposo llevaba puesta la túnica el día del sábado, éste pecaba por llevar la aguja. (Entiéndase que éstas no eran restricciones de parte de Dios, sino, las impuestas por los hombres).<sup>9</sup>

Una de estas reglas se relacionaba directamente con la situación que se dio en Juan 5. Uno podía llevar un lecho con un hombre sobre él, tal como los rabinos lo decían: “el lecho es incidental” —pero uno no podía llevar el lecho sin el hombre. No obstante, esto fue exactamente lo que Jesús le dijo al hombre que hiciera: “Levántate, toma tu lecho, y anda”.

Cuando los fariseos dijeron: “Es día de reposo; no te es lícito llevar tu lecho” (v. 10), lo que el hombre, en efecto dijo, fue lo siguiente: “No es mi culpa”. (Le había dicho a Jesús: “No es mi culpa que no esté caminando”. Ahora les decía a los fariseos: “No es mi culpa que *esté* caminando”). “Él les respondió: El que me sanó, él mismo me dijo: Toma tu lecho y anda” (v. 11). En otras palabras:

“Si este hombre tenía la autoridad para sanarme, ¡seguramente la tenía para decirme que cargue con mi lecho!”.

“Entonces le preguntaron: ¿Quién es el que te dijo: “Toma tu lecho y anda”? Y el que había sido sanado no sabía quién fuese, porque Jesús se había apartado de la gente que estaba en aquel lugar” (vv. 12–13). Nótese el hecho que se había declarado anteriormente: El hombre no tenía idea de quien era Jesús. Jesús lo había sanado, y luego se había perdido entre la multitud.

### Una sanidad del alma (5.14–16)

Jesús no había acabado con el hombre. “Después le halló Jesús en el templo [es obvio que estaba allí para darle alabanza a Dios por haber sido sanado], y [Jesús] le dijo: Mira, has sanado;<sup>10</sup> no peques más, para que no te venga alguna cosa peor” (v. 14). La cosa “peor” de la que Jesús hablaba podía tratarse de una enfermedad peor, pero, tal vez, era al infierno a lo que se refería. Aunque son malas algunas cosas que ocurren en esta vida, nada se puede comparar con los fuegos del infierno eterno.

La mayoría de los comentaristas piensan que las palabras de Jesús señalan que la enfermedad del hombre era el resultado del pecado en su vida. Esto es posible. En Juan 9 Jesús recalcó que *no toda* enfermedad es resultado del pecado personal. No obstante, *ciertas* enfermedades sí lo son —tal como se evidencia con la extensa contaminación que se da con el virus VIH y con la difusión de la epidemia del SIDA en nuestros tiempos. No todo el que contraiga el virus del SIDA ha pecado, pero muchos de los que lo tienen, es debido al pecado sexual.

No obstante, también es posible, que no hubiese conexión entre el pecado en la vida del hombre y su condición física. Tal vez Jesús sencillamente quiso tratar con el problema *más grande* del hombre. Lo primero que estaba en la agenda de Jesús era siempre la sanidad del alma, no la del cuerpo.<sup>11</sup> (Un amigo mío<sup>12</sup> sugiere que Jesús dijo: “no peques más”, porque el hombre no había podido enredarse en mucha mala conducta por treinta y ocho años, y ahora planeaba hacer todas las cosas que no pudo hacer cuando estaba enfermo —¡incluyendo aquellas cosas que no debía hacer!).

Sea lo que sea, que Jesús quiso decir con las palabras: “No peques más”, una cosa es obvia: Jesús estaba más preocupado por la condición espiritual del hombre. Si el cuerpo del hombre hubiera sido sanado, pero su relación con Dios

<sup>9</sup> El Antiguo Testamento no dice que no se debe llevar carga (Jeremías 17.19–27; Nehemías 13.15–19), pero Nehemías 13.15 expresa claramente que era el comercio durante el sábado lo que se tenía en mente. <sup>10</sup> El tiempo verbal que se usa indica que esta era una condición permanente. <sup>11</sup> Véase la lección titulada: “Jesús es la respuesta”, en esta edición. <sup>12</sup> David Denman.

hubiera permanecido errada, la sanidad física hubiera tenido poco valor. A Jesús le preocupaba el cuerpo del hombre, la mente del hombre, y sobre todo, el alma del hombre.

El versículo 15 comienza a resumir la historia: “El hombre se fue, y dio aviso a los judíos, que Jesús era el que le había sanado”. Puede que el hombre hubiese estado chismeando de Jesús, cuando respondiera a la pregunta que los judíos le hicieran anteriormente: “¿Quién es el que te dijo: Toma tu lecho y anda?” (v. 12). No obstante, no creo que lo estuviese. Nótese cuál fue su testimonio. No dijo que fue Jesús quien le dijo que tomara su lecho y anduviera. Más bien, lo que dijo es que “*fue Jesús quién lo sanó!*”. ¡Ahora creía en Jesús; así que, dio testimonio del poder y de la persona de su Señor! El alma del hombre había sido sanada, junto con su cuerpo y su mente.

Juan cerró el relato con la siguiente nota editorial: “Y por esta causa los judíos perseguían a Jesús, y procuraban matarle, porque hacía estas cosas en el día de reposo” (v. 16).

### JESÚS NOS PUEDE SANAR A TODOS

Este es el final del relato de la sanidad del hombre junto al estanque, pero no hemos terminado con el texto. Quiero que pensemos acerca de otro grupo que estaba presente en aquella ocasión. Luego quiero que hagamos una aplicación a cada uno de nosotros.

#### La pregunta para los fariseos

¿Se ha detenido usted a pensar que Jesús pudo también haberle preguntado a *los líderes judíos*: “¿Queréis ser sanos?”? Considérese esto: Después de los apóstoles de Jesús, ¿quienes fueron los que probablemente vieron más de los milagros de Jesús y oyeron más de su enseñanza, que nadie más? Los escribas y los fariseos —sus críticos, quienes lo seguían a todo lugar para hacerlo caer en alguna trampa, quienes trataban de encontrar algo de lo cual acusarlo. Poco antes del relato de lo que hemos estado estudiando, ¡ellos se habían estado escondiendo en un campo de trigo! Habían acusado a los discípulos de Jesús, de violar el día de reposo porque ellos arrancaban espigas y sacaban los granos de ellas y las comían (Mateo 12.1–2).

Estos judíos tenían toda la oportunidad de ser sanados espiritualmente por Jesús. A través de los años, la nación judía había estado buscando al Mesías. Estaban conscientes de las profecías respecto al Mesías: La manera de ser que tendría el Mesías y lo que éste haría. Jesús cumplía toda la profecía.

Ellos clamaban: “¿Queremos que el Mesías

venga! ¡Queremos sanar a nuestra nación!” . Jesús pudo haberles preguntado: “¿Están *seguros* de que quieren ser sanos?”.

En la última parte de Juan 5, tenemos uno de los *más grandes* discursos de Jesús, que él haya dirigido a estos Líderes judíos (vv. 19–47). En el sermón, Jesús hizo tres grandes alegaciones: 1) que él era igual a Dios, 2) que él hacía la obra de Dios, y 3) que él tenía el poder de Dios. Él impartía vida espiritual (v. 21), él levantará a los muertos (vv. 28–29), y Él juzgará a todos los hombres (vv. 22–23). Había suficiente verdad y prueba en el discurso como para salvar a múltiples de miles.

Jesús pudo haberles preguntado: “¿No quieren ser sanos de todas sus enfermedades espirituales?”. Si lo hubiera hecho, la respuesta hubiera sido: “Sí... siempre y cuando ello no signifique renunciar a nuestras tradiciones y prejuicios”. En otras palabras: “¡Lo deseamos, siempre y cuando no tengamos que pagar el precio!”.

#### La pregunta para nosotros

¿Estaremos preparados para que la pregunta se dirija a nosotros? Esto le advierto: ¡Puede dolerle! ¡Puede agujonearle! ¡Puede ser incómodo! (Le aseguro, tal como mi padre solía decir, ¡me va a doler a mí más que a ti!).

¿Está usted pasado de peso? ¿Quiere usted *realmente* bajar de peso? En otras palabras, ¿está usted dispuesto a pagar el precio de hacer dieta y ejercicio? (¿Cuánto duele no comer aquellas cosas que queremos cuando todos a nuestro alrededor aparentemente están comiendo todo lo que desean!).

¿Se haya usted en el mismo aprieto de mucha gente hoy día: usted no sufre de una enfermedad física seria, pero todavía se siente mal? ¿Se quiere sentir mejor? Además de tener que comer los alimentos adecuados y de tener que hacer suficiente ejercicio, ¿está usted dispuesto a repensar su vida y ordenar sus prioridades, de manera que pueda hacer reposar su cuerpo, su mente y su alma? En otras palabras, ¿está usted dispuesto a pagar el precio de sentirse mejor?

¿Hay alguien con quien usted no se lleva bien? ¿Quiere realmente mejorar su relación con esa persona? ¿Está dispuesto a pagar el precio? ¿Está dispuesto a tragarse su orgullo y decir: “Lo siento”? ¿Puede ser tan grande como para hacer lo que es correcto sea que la otra persona lo haga o no? ¿Puede aprender a ser un siervo?

¿Le gustaría tener un mejor matrimonio, un hogar más feliz? Decimos que sí, pero tener estas cosas, por lo general implica un cambio de parte nuestra... y el cambio implica dolor... y nosotros

no queremos sufrir dolor.

¿Se siente culpable? ¿Quiere realmente deshacerse de ese dolor interno? ¿Está dispuesto a humillarse ante Dios y someterse total y completamente a su voluntad? ¿Está usted melancólico por sus pecados y está dispuesto a cambiar su estilo de vida (La Biblia le llama a eso “arrepentimiento”)? Si usted no ha sido bautizado (sumergido en agua) para el perdón de sus pecado (Hechos 2.38), ¿está usted dispuesto a hacer eso? Si usted es un hijo de Dios que ha pecado, ¿está usted dispuesto a abandonarse a la misericordia de Dios (1 Juan 1.9)? Si sus acciones han afectado su influencia, ¿está usted dispuesto a confesar eso públicamente y a tener un nuevo comienzo (Santiago 5.16)? ¿Está usted dispuesto a pagar el precio?

*Cualquiera* que sea su problema, Jesús puede ayudarle *si* —si usted se lo permite, si usted está dispuesto a pagar el precio. Échele una mirada a Jesús. *Pruebe* a hacer lo que es correcto. Cuando el hombre junto al estanque probó, Jesús le dio el poder de ponerse de pie y de caminar. Confíe en Jesús, que él suplirá lo que usted no puede suplir.

Jesús puede sanar nuestros cuerpos, nuestras mentes y nuestras almas.

### CONCLUSIÓN

Jesús siempre está de lo más interesado por el alma. Esto fue lo que le dijo al hombre: “No peques más, para que no te venga alguna cosa peor” (v. 14). En este momento, lo que Jesús desea, es sanar nuestras almas. Él nos llama a levantarnos y a andar con él. No obstante, podríamos quedarnos donde estamos. Cuando Jesús le dijo al hombre: “Levántate, toma tu lecho, y anda”, el hombre no tenía que hacerlo. Esa era una opción posible. Él podía haber continuado yaciendo allí. Él podía haber llegado, por fin, a morir en esa terrible condición. Así también, nosotros tenemos una opción. Es más fácil quedarnos en nuestro lecho y no hacer nada —pero si actuamos así, ¡jamás seremos sanos! La decisión está en nuestras manos.

Que Dios nos ayude a no ser como los fariseos. Que Dios nos ayude a echar de nosotros nuestras tradiciones y nuestros prejuicios. Entreguémonos al Señor. ¡Él nos *sanará!*

¿Quiere de veras ser sano? La forma como usted responda será la señal de su respuesta. ■

---

---

## ¿Qué niño es éste? (Lucas 2.8–15)

Había un predicador a quien todos los bebés le parecían igual. Cuando una pareja le presentaban a su bebé recién nacido y éstos le decían: “¿No es éste el más lindo bebé que usted haya visto?”, el predicador no hallaba qué decirles. Por fin, decía: “¡Eso sí es un bebé!”. Puede ser que los bebés luzcan algo parecidos pero son totalmente diferentes. ¡Sólo pregúntele a las madres de ellos!

El bebé Jesús era realmente diferente a todos los demás bebés —él era el Hijo de Dios. Los eventos que rodearon su nacimiento proclamaron al mundo que él era diferente a cualquier otro bebé que haya nacido en este mundo. La diferencia entre él y otros bebés se discierne inmediatamente en el anuncio que el ángel le hizo a los pastores. ¿Qué es Jesús, según los ángeles?

*Es nuestro Salvador.* Un ángel se apareció ante los pastores y les dijo: “He aquí os doy nuevas de gran gozo, que serán para todo el pueblo: que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador” (Lucas 2.10–11). A Jesús se le puso el nombre de “Jesús” porque él salvaría a su pueblo de sus pecados (Mateo 1.21).

*Es el Cristo.* El ángel continuó: “es CRISTO” (Lucas 2.11). La palabra “Cristo” significa “el ungido”. La palabra del griego “Cristo” equivale a la palabra del hebreo “Mesías”. Jesús era el que había sido prometido por Dios. Él es el que Dios envió a cumplir todas las profecías del Antiguo Testamento y a ser rey sobre el Israel espiritual (Lucas 1.31–34).

*Es el Señor.* El ángel dijo: “el Señor” (Lucas 2.11). Él es supremo, es el rey de reyes. No sólo es nuestro Salvador, sino que hemos de reconocerlo también como Señor. Al ser el que nos libera, él nos salva; pero al ser nuestro capitán, nos da órdenes.

¿Qué niño es éste que fue nacido en Belén? ¿Deberíamos decir de él: “¡Eso sí es un bebé!” y verlo como al resto de nosotros? O, ¿deberíamos postrarnos ante él como a nuestro rey? Según el ángel, él es nuestro Salvador, es nuestro Señor, y es el Cristo. Si usted ignora a este niño, usted va a experimentar la muerte eterna.